

“La compasión ¿un sentimiento antimoderno?”

Gracias ...

Cuando Celia me propuso participar en este Curso que tiene mucho de Homenaje y recuerdo a nuestro querido amigo y maestro, Carlos Castilla del Pino, y propuso que hablara de algún sentimiento, la oferta me abrumó. Escribir sobre los sentimientos es un ejercicio

Finalmente me incliné por la compasión a raíz de una anécdota perturbadora. Fue corrigiendo el trabajo de una estudiante china, Shuran Liu, sobre una novela de Mario Vargas Llosa, *La Fiesta del Chivo* que habíamos estudiado en clase y los estudiantes de mi curso tenían como lectura obligatoria. Liu acostumbraba a entregar sus trabajos de curso con un último apartado que titulaba “Mi perplejidad” y donde exponía las diferencias culturales de lo que leía respecto a su propia tradición literaria: cosas, en fin, que le causaban asombro. En *La Fiesta del Chivo* la naturaleza de su perplejidad se fundaba en el planteamiento psicológico que el autor hacía de la protagonista, Urania Cabral, víctima como sabemos del acoso sexual del Chivo, es decir de Leónidas Trujillo, presidente de la República Dominicana entre 1930 y 1961. Urania Cabral, con catorce años, es traicionada por su propio padre quien aspira ofreciendo su hija al dictador recuperar su lugar como hombre de confianza del Chivo. No lo logra y Uranita es llevada a los Estados Unidos por unas monjas para evitar la furia de aquel, pues no pudo consumar la penetración y de hecho representó el comienzo del fin. MVLl presenta a una mujer que regresa a su país 35 años después y con el resentimiento todavía indemne hacia su padre, postrado por un accidente cardiovascular. Shuran Liu hablaba en su texto de la piedad filial como de un deber que todos los chinos, sin excepciones, sienten genuinamente hacia sus progenitores: “Sobre la piedad filial –escribía- construyó Confucio su pensamiento que ha dominado la ideología china por miles de años”. Y terminaba reprochando enérgicamente a Urania Cabral que fuera capaz, al final de la novela si bien con un apunte de esperanza, de regresar a los Estados Unidos, abandonando a su padre moribundo en la casa familiar, al cuidado de una sirvienta. ¿Acaso no habían sido suficientes los 35 años de amargura vividos por Agustín Cabral por el error que había cometido con su hija permitiendo que aceptara una invitación del Chivo que él sabía ocultaba otras intenciones?. ¿No puede esta hija a quien las cosas

han ido bien perdonar a su padre antes de morir y devolverle la paz de espíritu? ¿Cuál es el plazo de la expiación entre los occidentales? La pregunta no es ajena, ni mucho menos una reflexión ajena al pensamiento occidental. Pensemos en uno de los primeros Diálogos de Platón, *Eutifrón o de la piedad*, donde Sócrates plantea el mismo problema: Eutifrón es un joven engreído dispuesto a denunciar a su viejo padre por el homicidio (que se descubre involuntario) de un sirviente, muy consciente de que es eso lo que debe hacer, aunque cuando Sócrates le pregunte cómo distingue la piedad de lo que no lo es contestará muy torpemente: “Lo pío es lo que yo hago ahora, acusar al que comete un delito, sea el padre, la madre o cualquiera”. El encuentro con Sócrates es naturalmente iluminador: éste, muy interesado en la cuestión porque él mismo acaba de ser denunciado por Meleto como impío y corruptor de los jóvenes, le hace ver que la piedad es un modo de ser del hombre justo y sin decirlo explícitamente, pues las ideas de Sócrates quedan inconclusas, exige a Eutifrón (o así lo interpreto yo) que sienta empatía hacia su padre y sólo desde esta posición, que incluye la comprensión del sufrimiento ajeno, podrá valorar la decisión más responsable. Concluyendo el diálogo inconcluso de Platón, si Eutifrón se hubiera conmovido por la suerte de su padre habría dado tiempo a la explicación

El debate propuesto involuntariamente por Shuran Liu se prolongó en la clase: no fue un error el comportamiento de Agustín Cabral con su hija –le advirtió otra estudiante a Liu- fue una traición, que es muy distinto. En todo caso, leyendo su trabajo y viendo la forma en que reaccionaba ante la falta de piedad filial pensé: “Es verdad, la piedad o la compasión ¿qué ha sido de ellas?”. No parecen tener cabida intelectual en el mundo moderno donde se las concibe como sentimientos reaccionarios, paternalistas, de arraigo feudal, fruto de un estado de cosas ajeno al mundo de los derechos que nos rige como ciudadanos de un Estado. Existe algo parecido a un mercado de reputación de los valores y en este sentido la compasión cotiza a la baja, no tiene inversores poderosos. Y es que cuando hablamos de compasión o de piedad éstas necesariamente están referidas al trato con algo o alguien que no está en nuestro mismo plano vital: un dios, un animal, una planta, un ser humano enfermo o con alguna incapacidad ... Sólo podemos sentir compasión de aquello que de algún modo nos conmueve debido a su vulnerabilidad, a alguna forma de carencia que le debilita frente a nosotros.

Es un sentimiento fácil de aparentar, y de ahí la expresión de “mentira piadosa” con que se justifica la doblez moral –decir algo siendo conscientes de que es un engaño- en

determinadas ocasiones. Tal vez esa hipocresía moral que puede ocultar la compasión aparente sea otro de los motivos del rechazo que siente la postmodernidad hacia ella. Ese rechazo lo experimenta vívidamente Ivan Ilich Golovín, consejero del Tribunal de Apelación en la corte zarista. Un hombre con una carrera plenamente realizada, una vida social brillante, una mujer atractiva y dos hijos juiciosos. Habiendo conseguido el ascenso deseado se traslada ilusionado a San Petersburgo para equipar su nueva casa. Es entonces cuando se cae de un taburete mientras arregla una cortina. El ligero dolor que le causa la caída no le abandona, no hace sino crecer y crecer hasta que comienza a aflorar en él la conciencia de una probable y no lejana muerte. Lejos ya de la satisfacción que sentía por todo lo que había logrado emerge en él la irritación al comprender la hipocresía de los sentimientos de cuantos le rodean. A pesar de lo que dicen ni su mujer ni sus hijos sienten verdadera compasión por él y sí el peso inesperado de la carga que su nuevo y lamentable estado les supone. Naturalmente el golpe es simbólico: Ivan Ilich sube a una escalera y cuando está en lo más alto -no sólo en la escalera, sino también en el estatus que ha adquirido a raíz de su nuevo nombramiento -cae, y con la caída comenzará su declive. Ilich percibe la hipocresía de cuanto le rodea -recordemos que es una novela que Tolstoi escribe después de su profunda crisis espiritual y por tanto ilustradora de un nuevo credo. En las largas horas que tiene para pensar en los aciertos y errores de su pasado se da cuenta de que su vida no ha sido lo que debía ser y en medio de su amarga agonía brota la compasión como una experiencia redentora: si muere liberará a los otros, antes que a sí mismo, de su sufrimiento. De pronto se hace una gran luz en el alma de Ivan Ilich y muere sereno y en paz. Si no encontró un sentido a su vida, ha logrado dar un sentido a su muerte. De ahí el título de la novela, *La muerte de Ivan Ilich* (1886).

“La compasión vive de incógnito desde hace mucho tiempo” afirma María Zambrano en un breve y lúcido ensayo sobre la piedad (“¿Qué es la piedad?”. En *El hombre y lo divino*, FCE, 1955). Al pensamiento moderno no le interesa la compasión y si lo hace y se fija en ella es para mostrar su irracionalidad, su falta de fundamento, su condición de no - ser. La compasión es, para Zambrano, saber tratar con lo otro, teniendo en cuenta que lo Otro es lo que no soy Yo, es decir la realidad, aquello que circunda y se resiste al Yo.

Sin embargo, no conozco descripción más deliciosa de la piedad, en el recorrido que yo misma he hecho buscando definiciones sustantivas, que la que se hace en la *Encyclopedie*, imbuida como estaba la obra de una visión materialista del mundo, donde la empatía es fundamental para darle a la sociedad un nuevo enfoque ético, como pretendían los enciclopedistas. Por ello defendieron la compasión como una virtud, la única, de alcance verdaderamente universal, pues por sí sola era capaz de sostener el bien general. Incluso el pensador Adam Smith, profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow pero más conocido hoy día como el inventor de la infame “mano invisible” (y tan poco compasiva) que gobierna los mercados, contemporáneo de los autores enciclopedistas y amigo personal de todos ellos se preguntaría por la compasión en su *Teoría de los sentimientos morales* (1759), encontrándola asimismo la pieza clave del comportamiento desinteresado del hombre: ¿cómo es posible que la gente, movida como lo está por el interés personal, actúe moralmente, e incluso de un modo altruista? La respuesta está en la compasión: “ni el más grande de los rufianes ni el más duro violador de las leyes de la sociedad carecen por completo de ella”.

Leamos ya la entrada PITIÉ:

“Es un sentimiento natural del alma, que se experimenta a la vista de personas que sufren o que se hallan en la miseria. No es verdad que la piedad nazca de la reflexión, de la idea que todos estamos sujetos a los mismos accidentes, porque es una pasión que los niños y las personas que son incapaces de reflexionar sobre su estado o sobre el porvenir, también sienten y lo hacen con la mayor vivacidad. Del mismo modo, debemos las acciones nobles y misericordiosas mucho menos a la Filosofía que a la bondad del corazón. Nada ennoblece tanto a la humanidad como este generoso sentimiento. De todos los movimientos del alma es el más dulce, el más delicioso en sus efectos. Todo aquello que la elocuencia tiene de más tierno y conmovedor debe ser empleado para promoverla.

La mano de la primavera cubre la tierra de flores, dijo el brahmán inspirado. Así resulta a la mirada de los hijos del infortunio la piedad sensible y bienhechora. Es capaz de enjugar sus lágrimas y suavizar sus penas. Ved esta planta desbordante de rocío; las gotas que caen de ella dan vida a todo lo que vive a su alrededor, pero esas gotas son menos dulces que las lágrimas derramadas por la compasión .

Este pobre arrastra su miseria de lugar en lugar, no tiene vestido ni morada, protégelo bajo las alas de la piedad; tiembla de frío, hazlo entrar en calor; está agobiado por el desánimo, reanima sus fuerzas; prolonga sus días y tu alma vivirá”.

La entrada la redactó Louis de Jaucourt en una mañana de domingo, el 1º de diciembre de 1765. Un médico que puso mucho de sí mismo al escribirla. De hecho no hubiera habido Enciclopedia de no ser por él. En las últimas etapas de composición de la obra, cuando la mayoría de los colaboradores estaban demasiado atemorizados o demasiado

exhaustos para continuar, D'Alembert había abandonado el proyecto y Diderot sólo a regañadientes y forzado era capaz de seguir realizando su tarea de “galeote literario”, fue el modesto Chevalier de Jaucourt quien investigó y escribió 40.000 artículos, es decir la mitad de las entradas de los diez últimos volúmenes (tenía 17) y lo hizo de una forma tan fiable y con tanta rapidez que la *Encyclopedie* (1751-1772) logró acabarse en el momento justo. Sin embargo, este hombre de físico poco atractivo, de pensamiento profundo y muy tenaz, jamás vio compensado su callado heroísmo, ni por Diderot que minimizaba sus esfuerzos a sus espaldas, ni por los libreros que apenas le pagaron por su trabajo más que con los libros que necesitaba para documentarse y que éstos le suministraban sin cobrárselos. Mientras tanto él tuvo que vender una casa en París para pagar a los secretarios que empleaba para las investigaciones que requerían la mayoría de los temas. El negocio que los libreros, que tanto se enriquecerían con la venta de la *Encyclopédie*, hicieron con Jaucourt fue redondo, pues fue uno de ellos, André Le Breton (el primer promotor de la idea), quien le compró la casa de París con el dinero que el trabajo que el Chevalier de Jaucourt le había hecho ganar. Y con el dinero obtenido con la plusvalía de su propio trabajo, pudo seguir trabajando en la *Enciclopedia* y por tanto enriqueciendo a los libreros. Según parece, estaba tan absorbido con su labor que apenas le importaba otra cosa.

Pero lo cierto es que tampoco los historiadores han sido justos con Louis de Jaucourt – un hombre cuya humildad de carácter impone respeto- antes del maravilloso estudio del historiador alemán Philipp Blom titulado precisamente *Enciclopédie* (2004). Los nombres que han brillado a lo largo del tiempo han sido los de Diderot y D'Alembert, despachándose el retrato de Jaucourt como el de un modesto escritor, tan mediocre que no era capaz de levantar la cabeza del papel cuando la tinta fresca así lo requería para disfrutar del *bel esprit* de sus compañeros en la magna obra. Mi interés por Jaucourt es muy concreto, más allá de la delicia que supone leer sus entradas, y es que se opuso a D'Alembert en la negativa de éste a incluir en la obra las biografías de grandes hombres. A medida que fue viéndose como su principal responsable impuso su propio estilo y encontró una solución de compromiso, si bien poco práctica, para dejar intacto el orgullo de D'Alembert, mantener la continuidad intelectual de la *Enciclopedia* y, al mismo tiempo, incorporar su propio criterio de incluir biografías de los grandes personajes. Las introdujo por el lugar de nacimiento de la persona en cuestión: la vida de Newton, por ejemplo, está descrita en la entrada WOLSTROPE (Woolsthorpe), el lugar donde nació.

Es asombroso como unas cerezas tiran de las otras. De una estudiante china nos hemos ido a Platón y al Diálogo de Sócrates con el torpe Eutifrón, a Tolstoi, Adam Smith y al discreto Louis De Jaucourt hablando en realidad de la compasión. Pero es que la colosal tarea llevada a cabo por aquel pequeño gran hombre y la humildad de su carácter imponen respeto.

Y de un médico francés saltamos a una escritora belga: Marguerite Yourcenar. Releyendo este invierno su trilogía *El laberinto del mundo* percibí la atención que la autora de *Memorias de Adriano* concede a la compasión en su obra. En febrero de 1955, con cincuenta y un años, Marguerite Yourcenar empezó a mecanografiar los primeros apuntes genealógicos sobre su familia, a partir de los recuerdos y las referencias que había ido recogiendo. Aquellos apuntes serían el primer borrador de tres libros que la escritora maduraría largo tiempo: *Recordatorios* (1974), *Archivos del Norte* (1977) y un tercero, inacabado, *¿Qué? La eternidad*, que se publicaría póstumamente (1988). Tres obras íntimas, oblicuamente confesionales, que componen la trilogía autobiográfica *El laberinto del mundo* (Alfaguara, 2012) y que se mantienen férreamente alejadas de lo que pudiera ser un relato autobiográfico convencional. Son más bien una reflexión sobre el carácter complejo, a medias ilusorio, de dicha empresa: el deseo de verdad, de sinceridad, de exactitud histórica –esencial a la actividad del autobiógrafo– conducen a Yourcenar muy lejos en el tiempo, a un pasado remoto en el que se fundan las raíces de su familia; pero también conducen a la dispersión implícita en toda búsqueda. Debo decir que fue este invierno releyendo uno tras otro los tres textos autobiográficos de la escritora belga (1903- 1987) cuando me pareció comprender en toda su magnitud el sentido de su proyecto y la unidad de perspectiva que lo caracteriza. Porque son muchas las sutiles correspondencias que hay entre ellos, y una lectura discontinua no puede captar el juego de espejos entre las innumerables personas del pasado evocadas por Yourcenar y los momentos del tiempo o los ángulos de reflexión en que son vistos por ella. Su idea del pasado emerge, poderosa, de la lectura: el pasado es tan oscuro, tan fluido, tan imposible de apresar con palabras que sólo una extraordinaria paciencia para dotarlo de sustancia allí donde se produce la intersección ser –tiempo (“fragmentos de hechos que creo conocer”) puede sugerir la potencia de su radio de acción en el presente. Pero ¿qué hay en su escritura del pasado que es tan original, tan diferente a todo? En parte la respuesta está en el método de conocimiento que aplica la escritora a todo aquello que le interesa: un método basado

en la aproximación, en el rodeo, en los asedios sucesivos, nunca definitivos, al ser inaprensible de las cosas. Pero si el trazado de una vida humana es ya tan complejo como la imagen de una galaxia ¿qué decir del trazado de una familia patricia, medio francesa y medio belga, cuya genealogía se remonta a 1510 y que llegó a cruzarse con Rubens? A lo largo de la trilogía, la autora de *Memorias de Adriano* bucea en sus lejanos orígenes; dota de sustancia a algunos de los personajes que protagonizaron el pasado familiar y sobre los que ella se construyó una imagen vívida. Tantea, en fin, un posible perfil materno que resulte afín a la escritora - su madre, Fernande de Cartier murió de fiebre puerperal a los once días del nacimiento de Marguerite-, idealiza a su padre hasta convertirlo en el eje narrativo y moral de su obra. Pero sobre todo recrea el pasado con una infinita piedad y eso es, en mi opinión, lo que transforma su escritura en una experiencia imperecedera para el lector.

El laberinto del mundo quedó, como proyecto, inacabado. No sabemos hasta dónde estaba dispuesta a llegar la novelista de sí misma, pues en el último volumen se aborda ya su infancia, viajera y desarraigada. Diría que Yourcenar no quería ir mucho más allá en el tiempo. Lo que había necesitado era dotar de identidad y sentido el desconcierto vital de sus primeros años yendo de un hotel a otro de la mano de nodrizas. Pero la mirada que dirige al pasado familiares la mirada de un alquimista, está dotada de una tan gran compasión que todo lo que ve se transforma en oro, en belleza, en comprensión. Por ejemplo, nada más fácil para Yourcenar que sentirse resentida, siendo adulta, por saberse el eslabón final de una gran estirpe que no había previsto nada para ella. Su padre dilapidó su fortuna viajando continuamente y su hermanastro lucharía durante años en los Tribunales contra ella para marginarla de los restos de la herencia familiar que en justicia le correspondían. Pero la escritora nunca se dirigió al pasado ni a sus protagonistas con la actitud de quien busca resarcirse de algo y si lo hace es un ejercicio de una sutileza tan extraordinaria que puede pasar fácilmente desapercibido. Podría decirse, escribiendo como ella, que tuvo la fuerza, el valor o la sabiduría de saber cómo compensar el desastre íntimo que le generó la orfandad mediante el ejercicio de la compasión (y utilizo el término *ejercicio* en el sentido que le da Peter Sloterdijk en su último libro *Has de cambiar tu vida* como una especie de rearme cognitivo y emocional que algunos seres humanos llevan a cabo consigo mismos ejercitándose permanentemente, mediante actividades internas, contra la inercia que imponen las pasiones y la costumbre. Es decir, luchando en cierto modo contra sí mismos para

mejorar. (Son naturalmente estas figuras las que pueden convertirse en modelos espirituales de la humanidad.)

Yourcenar es una mujer que claramente quiere conducir su vida, en el sentido de Sloterdijk, y por ello se impone una labor correctora del pasado tal cual lo ha recibido de sus mayores –es decir, un pasado lleno de tensiones y conflictos familiares- y lo va moldeando de acuerdo a una idea moral que brota aquí y allá en su escritura en mil fogonazos deslumbrantes. Basta un pequeño gesto para que ella infiera una actitud ante la vida. Por ejemplo, el fugaz encuentro que tuvo en Bruselas con el monarca belga, Albert I, en 1931, tan admirado por sus compatriotas por su firme actitud contra la injerencia alemana en la primera guerra mundial. Ella tenía 28 años y estaba en Bruselas debido a sus problemas con la herencia. Una tarde se acercó a la Comédie Française a ver una obra de Pirandello. Estaba sola en un palco próximo al palco real. En el descanso se entretuvo un poco y el timbre de aviso ya no se oía en el largo pasillo. Al regresar a su palco vio al rey hablando con su ayuda de campo. Sin querer le estaba obstaculizando el paso. “Se apartó, retrocedió dos pasos y se pegó a la pared para dejarme pasar, con los brazos ligeramente abiertos; luego saludó con una inclinación de cabeza a aquella joven desconocida a quien estaba cediendo el paso”. No hubo nada más, pero Yourcenar reflexiona sobre aquel sutil gesto de modestia. Le parece que se corresponde con la sobria indumentaria del monarca y con la actitud que mantuvo en situaciones muy amargas para él: Yourcenar ve en él “el rostro vestido de humildad” que describe Dante. La humildad, observa la escritora, es la postura que todo hombre reflexivo adopta en presencia de su vida.

Para Yourcenar la compasión es muy superior a la piedad pues subraya el hecho de poder padecer con los que padecen, es decir de integrar la empatía que ya reclamaba Platón al pomposo Eutifrón, tan satisfecho con su idea del deber que desatiende lo que es justo. Pero la idea fuerza de Yourcenar es que la compasión no es un sentimiento débil o flojo, derivado de una idea “sentimental” de la vida. Muy al contrario, la capacidad de ponerse en el lugar del prójimo, incluyendo en esta categoría a la inmensa multitud de lo que nos rodea –sea animal, vegetal o mineral-, es para MY una cualidad sólo accesible a los seres que fuertes o no, valientes o no, inteligentes o no (eso poco importa) han conocido la dureza del mundo. Es curiosa la correspondencia con Hannah Arendt quien también entendería el sufrimiento como la medida de todas las cosas. Yourcenar deja su huella en *Recordatorios*, como antes lo hiciera el Chevalier de Jaucourt redactando una modesta entrada enciclopédica:

“Dejad que hile el gusano de seda. No toquéis el brote reciente. No silbéis cuando las grullas emigrantes buscan una comarca hospitalaria. No grabéis vuestro nombre en la tierna corteza del árbol cuando la savia primaveral pugna por alcanzar la copa. No saltéis dentro de la barca que ya lleva su carga. Dejad que la nieve cubra el musgo que debe reverdecer”.

Bajo el aticismo de su estilo la compasión y el dolor queman.

Esta es para mí la lección imprescindible de su literatura y muy especialmente de *El laberinto del mundo*. Visto desde la compasión como cualidad transformadora de lo humano la genealogía, por ejemplo, el rescate de los antepasados –un ejercicio muy habitual entre los memorialistas y por el que siempre he sentido una profunda antipatía– no está en su caso al servicio de la vanidad, como es habitual cuando se quiere mostrar la aristocracia del propio linaje, sino de la modestia de saberse sólo una pieza más de un azaroso engranaje.

Y no podemos terminar sin recordar que el símbolo de la compasión para nosotros es la tebana Antígona, hija de Edipo, la joven que se niega a obedecer la prohibición del rey Creonte de dar sepultura a su querido hermano, Polinice, muerto en el campo de batalla. Antígona lo habla primero con su hermana Ismena, quien temerosa de la condena a muerte, se resigna a dejar que Polinice quede insepulto y sea pasto de los perros y de los buitres. Cuando Ismena dice sentir miedo de lo que puede ocurrirle a Antígona si desobedece a Creonte y le da un hogar en el reino de Hades ésta le contesta: “No tengas miedo por mí; preocúpate de tu propia vida”. Todos recordamos que la tragedia de Sófocles se cierra con una serie de “catástrofes en cascada”, que diría nuestro bien amado Carlos: primero la de Antígona, después la de Hemón, hijo de Creonte y prometido de Antígona que se da muerte como Romeo lo hará siglos después ante Julieta y en tercer lugar la de Eurídice, esposa de Creonte quien incapaz de soportar el dolor que le causa la noticia de la muerte de su hijo también se suicida. La obra se cierra con el destierro de Creonte, abrumado por la culpa de su pésima decisión. El coro arropa su marcha recordando que la impiedad es una de las fuentes del infortunio. Por el contrario, “la prudencia es con mucho la primera fuente de ventura”.

Yo veo a Yourcenar como una especie de Antígona moderna que se niega a dejar a la intemperie de sus propias culpas a sus antepasados y les da honrosa y compasiva sepultura en su obra, pasando por encima de si fueron o no víctimas de sus propios errores o del dolor que pudieron infringirle a ella. También Hanna Arendt en lo que ella

misma llamaría una *cura posterior* tuvo que actuar sobre su propio pasado como judía alemana para desprenderse emocionalmente de la presión y sentirse libre para juzgarlo en *Eichmann en Jerusalén*. De hecho hay muchas similitudes entre el pobre Eutifrón, al que Sócrates demuestra que su precipitado comportamiento es debido a que no sabe pensar por sí mismo, y Adolf Eichmann a quien Harendt describe como un burócrata que se jacta de hacer bien su trabajo y es insensible a conceptos como el bien o el mal. La compasión es un sentimiento actuante dirá María Zambrano por el mero hecho de sentirla como tal. Si yo la siento, por el hecho de sentirla ya trataré a lo otro con respeto. Es decir, dejaré que hile el gusano de seda y no saltaré sobre quien ya lleva su carga, para expresarlo en palabras de Yourcenar.

Que gran sociedad sería la nuestra si cada cual dedicara parte de sus energías a empatizar con lo otro, como dispuso en su entrada el discretísimo y bondadoso Chevalier de Jaucourt. La expresión “Que se jodan” nunca habría salido de la boca de un ser humano.